

## Excursión a Mérida

Aniceto estudiaba cultura clásica en el instituto de Villafranca, y esa mañana tenía una excursión a Mérida. Como siempre se había levantado tarde y tuvo que darse mucha prisa para llegar a la hora prevista con sus profesores. Llegó justo a tiempo. El grupo ya se estaba montando en el autobús. Era curioso, se había decidido que el viaje se realizaría en el autobús público y entonces no podían esperarle. Subió, pagó y fue a sentarse. Tuvo que hacerlo solo, y en realidad, le daba igual. Se encontraba todavía adormilado pero no quiso dormirse durante el viaje.

Abrió los ojos y se dio cuenta de que el autobús se había parado. Se había dormido sin querer y ya habían llegado a Mérida. Se levantó y bajó con los demás compañeros y ninguno hablaba, estaban también adormilados.

Entonces llegó el profesor y mandó que le siguieran. Nos condujo a través de un parque, desde donde se veía el puente romano. Parecía que esta sería el primer monumento que visitarían.

El profesor empezó a hablar. Yo no le hacía mucho caso pero decía algo de que el puente tenía 62 arcos y que estaba construido de hormigón recubierto de nosequé almohadillados. Sonaba a un tostón y decidió pasar del tema.

De repente el profesor paró de hablar. Había llegado el momento de buscar otro monumento. Atravesaron el puente y le dio una extraña sensación. De pronto se imaginó a los romanos que hace 2000 mil años habrían pasado, como él ahora, por allí. Iban caminado por las calles y sus compañeros reían y hacían bromas. Él iba caminado con la mirada dirigida hacia el suelo y las voces de sus compañeros dejaron de sonar. Alzó la cabeza y se encontró con una base de piedra rodeada por impresionantes columnas. Tenía un letrero que llevaba como título: “Templo de Diana”, a éste le seguían muchas letras pero decidió no leerlas. Siguieron caminado y la ciudad era preciosa. En cada esquina, sin previo aviso, te encontrabas con monumentos. Esto llamó la atención de Aniceto, porque le gustaba el contraste que hacían los monumentos al lado de edificios modernos.

Al rato llegaron a las puertas de lo que parecía un museo. Entraron, y el museo tenía pinta de guardar cosas preciosas pero, al parecer, al profesor sólo le interesaba una de ellas. Era un camino de piedra romano, que ellos llamaban calzadas. La que allí había parecía tener 3 ó 4 metros de ancho y estaba ligeramente abombada. De pronto volvió a sentir esa sensación extraña. Se imaginó a carros circulando por la calzada, que transportaban objetos de valor y a importantes personajes. Pero esta sensación se fue tan pronto como volvió. Después de ver la calzada se fueron del museo.

Al salir se dirigieron hacia un parque y se preguntó que sería lo próximo que verían. Entraron. Lo cruzaron, bajaron unas escaleras y entraron por un pasillo. Al salir de este vio el mayor espectáculo de su vida. Era magnífico, se encontraba con el teatro de Mérida. Había visto muchas imágenes en libros pero nunca antes pensó que verlo de verdad sería algo tan bello e impresionante. Volvió a tener esa sensación extraña, y se vio rodeado de intelectuales vestido con togas y a actores representando una obra. La visión le pareció maravillosa y por primera vez sintió respeto y admiración por lo que el siempre había considerado un montón de piedras

ruinosas. Entonces el profesor se puso a hablar y Aniceto se enteró de muy pocas cosas ya que el teatro le tenía absorto. Se enteró de que allí cabían 5800 personas y que tenía 13 puertas de acceso. Detrás del teatro se encontraron con una casa, o eso decía el profesor, porque allí no se veía nada de interés.

Al lado del teatro estaba el anfiteatro. Y lo visitaron. No le pareció tan bonito como el teatro, pero le llenó de emoción imaginarse a los gladiadores en la arena. El profesor había terminado de explicarlo pero él no se había enterado de nada. Un compañero se le acercó y le dijo lo impresionante del aforo del anfiteatro, según le dijo era de 15000 personas. Él pasó. No le caía muy bien ese compañero.

Después del teatro salieron del parque. Pero no tuvieron que esperar mucho para ver la siguiente edificación romana. Muy cerca se encontraba la casa del anfiteatro. En cuanto la vio le pareció enorme y por los mosaicos del suelo debía de ser de una familia rica. Sus sospechas se la confirmó el profesor, que incluso dijo que el edificio pudo pertenecer a dos propietarios.

Se fueron de la casa. No si que antes Aniceto le hiciese una foto a un grandioso mosaico que representaba a unos pisadores de uvas. No sabía de qué, pero ese mosaico le sonaba. Dieron un gran paseo por Mérida hasta llegar a otra casa romana. La llamaron de Mitreo porque supuestamente por allí se encontraba un templo a Mitra. La casa tenía dos partes una de invierno y otra de verano, que se encontraba más hundida en el suelo. Le pareció curioso y pensó que los romanos eran una civilización inteligente. Ésta casa parecía ser también de una persona rica y como no, le hizo una foto a un magnífico mosaico que le pareció precioso.

Dejaron la casa de Mitreo y atravesaron todo el pueblo, se encontraba cansado y pensó que ya no le podían sorprender con un nuevo monumento. Pero se equivocaba, le llevaron a ver el acueducto y le pareció grandioso. Era enorme y ligero a la vez. Quizá fuese debido a las cosas almohadilladas que había explicado el profesor, pero no estaba seguro.

Cruzaron otra vez el pueblo, y Aniceto ya iba con la idea de que ya si que no podía ser sorprendido. El profesor les enseñó otro acueducto. Pero este no era impresionante y, además, parecía ser la continuación del anterior. Pero el acueducto era tan chico que no era posible que hubiesen cruzado el pueblo sólo para esa mijina. Y llevaba razón. Le llevaron a visitar algo verdaderamente grandioso. Se encontraba ante un circo romano. Al parecer allí se celebraban carreras de carros, aurigas, .. Y todas esas cosas que había visto en la tele. Nunca pensó que podía encontrarse con algo parecido tan cerca de su pueblo. El circo parecía un estadio de fútbol y estaba seguro de que podría caber hasta 30000 personas. Pensó, que junto con el anfiteatro, sería el divertimento de la época, tan seguido como el fútbol o el tenis, el aforo lo demostraba.

Después del circo volvieron a atravesar la ciudad (algo que parecía que se había convertido en una costumbre). De regreso a la parada de autobuses cruzaron el puente romano y Aniceto sintió respeto por lo que había sido una civilización de grandes constructores. Cuando llegó el autobús se subió y volvió a sentarse solo. No tardó en dormirse.